del vestíbulo.... Tiene la abertura parecida á la boca de un leon.

—¿Quién es el encargado de recoger las cartas diariamente?

—El primer ayuda de cámara, que tiene la llave, la abre cuando llega al castillo el cartero rural, y le dá las cartas al cambiar los periódicos y la correspondencia.

—A eso de las doce, ¿verdad?

—Entre doce y cuarto y doce y media.

—Genoveva, necesito saber si la señorita Renée ha escrito esta mañana una carta. Necesito saberlo en provecho de vuestra ama.

—Está bien, señor Máximo, lo sabreis.

—¡Sobre todo obrad con discrecion! Nadie debe sospechar que obrais en beneficio de la señora condesa y de mi órden.

—Nadie lo sospechará.

—¿Cuando me dareis la respuesta?

—Antes de esta tarde, os lo prometo. ¡Trátase del interés de mi señora, segun me habeis dicho, y los minutos valen por horas! Contad conmigo, señor Máximo; contad conmigo.

—Así lo espero.

Genoveva salió de la habitacion del jóven médico.

XVII

Cuando Máximo se quedó solo encendió una vela, tomó de su pupitre una barra de lacre, cuyo extremo aproximó á la vela, y con un valor estóico derramó en la palma de su mano izquierda dos ó tres gotas de lacre derretido, sin que la intensidad del dolor produjese la mas mínima contraccion en los músculos de su fisonomia.

Hubiérase dicho que era un cirujano operando sobre un cadáver.

Concluida tan extraña operacion, arrancó las gotas ya frias, y con ellas la epidérmis á que se habian adherido.

—Ya estaba cierto de antemano—murmuró, persuadiéndose al propio tiempo—de que ningun círculo rodeaba la carne despojada de su epidérmis por el contacto del líquido candente.

Las quemaduras no ofrecian relacion alguna con las que Renée atribuia á igual causa.

El doctor examinó la extremidad del dedo anular de su mano derecha.

Se recordará que este dedo habia tocado la sávia venenosa procedente de la incision practicada en el *tanghin* de Madagascar.

La mancha oscura, que parecia producida por la cauterizacion de la piedra infernal, era exactamente igual á la que se veia en el dedo de Renée.

—Casi esto solo bastaria para darme completa certidumbre—dijo Máximo.—El veneno vegetal, al tocar la delicada mano de una jóven de diez y nueve años, ha desorganizado los tejidos como hubiera podido hacerlo un fuerte cáustico. Esto podria ser muy sencillo y absolutamente inocente, pero la miserable criatura se ha hecho traicion con su mentira; el vaso roto constituye una prueba mas. ¡Renée asesina á su hermana! ¿De qué procede su ódio contra este ángel? ¿A qué móvil puede atribuirse tan monstruoso crímen? Por mucho que me afane en descubrir, nada encuentro. Mi pensamiento se oscurece.... Es para volverse loco.

El doctor se dejó caer en una silla oprimiendo entre sus manos su cabeza, en la que germinaba un huracan de confusos pensamientos, á á semejanza del vuelo de las hojas impelidas por las ráfagas del mes de Noviembre.

Un ligero golpe dado en la puerta le hizo estremecer.

—Entrad—dijo.

Apareció Genoveva.

—¿Qué tenemos?—dijo Máximo vivamente, —¿sabeis algo?

—Sí, señor doctor, y no tengo de que alabarme. El ayuda de cámara contestó desde luego á mis primeras preguntas sin hacerse rogar.

—¿Ha escrito la señorita Renée?

—Ni ella, ni nadie. El cartero no ha recogido esta mañana ninguna carta. El buzon no tenia ninguna.

Adquirida por Máximo la conviccion del hecho, esto solo tendia á justificarla.

Al cabo de un momento, Genoveva preguntó:

—¿Me necesitais aún, señor doctor?

—Ahora mas que nunca.

—Estoy á vuestras órdenes.

—Genoveva—respondió el jóven despues de un corto momento,—guiado por vuestro afecto, iluminado por una luz divina y misteriosa que solo para vos brillaba, habeis visto cosas que yo no veia. Habeis adivinado que aquí se cometia un crímen. Habeis buscado la prueba de él, y en seguida me habeis buscado y me habeis habierto los ojos. Dejad primero que

os dé las gracias, Genoveva, con todo mi corazon y con toda mi alma.

—¡Ay! señor Máximo—contestó la doncella con sencillez,—lo que yo he hecho es bien poca cosa. No es solo el crímen el que hay que descubrir, sino el criminal.

—Vos habeis empezado—prosiguió el doctor,—vos me indicásteis el camino.... he seguido vuestras huellas.... Ya no queda mas que saber.....

Genoveva cruzó sus manos; una llamarada pasó por sus ojos; ardiente rubor coloreó su rostro, que adquirió una expresion sublime.

—¿Sabeis quién es el asesino?—balbuceó con una voz ahogada por la emocion.

—Lo conozco por lo menos.

—¿Y quién es?

—Es una mujer.

—¡Una mujer!—repitió Genoveva,—¡una mujer!.... ¿Pero quién es la que se acerca á mi querida señora? ¿Quién, pues? Solo estamos á su lado la señorita Renée y yo.... nadie mas que nosotras.....

Interrumpióse pálida, temblando todo su cuerpo, y repuso impetuosamente:

—¡Nó, nó; es imposible!.... Señor Máximo, ¡decidme en nombre del cielo, que me vuelvo loca! ¡Decidme que he entendido mal!.... ¡Decidme que no es su hermana!.....

El jóven respondió con voz sorda y lenta:

—Habeis comprendido bien;.... es su hermana.

La doncella torcióse los brazos, haciendo un gesto de espanto, y sacudió su cabeza de una manera tan brusca, que sus cabellos sueltos se esparcieron sobre sus espaldas.... Temblaban sus manos y castañeteaban sus dientes.

Maquinalmente murmuró:

—¡Su hermana! ¿Decís que es su hermana?

—Sí.

—¿Teneis la prueba de ello?

—Sí.

—¿Qué prueba? ¡En nombre del cielo! ¿Qué prueba?

—Calmaos, Genoveva, y escuchadme.

—Bien sabeis que tengo calma y que os escucho—replicó la pobre mujer temblando siempre, y dejándose caer en una silla, porque sus piernas se negaban á sostenerla.

El doctor le contó todo cuanto tenemos ya referido y suministró las terribles pruebas, cuya evidencia no admitió réplica.

Mientras hablaba veíanse agrandarse los ojos de Genoveva, y dilatarse sus pupilas en un paroxismo de horror.

Cuando Máximo hubo concluido, preguntó:

—¿Estais ya convencida?

La doncella se levantó de un brinco.

—¡Venid!—dijo.

Y se dirigió hácia la puerta.

—¿A donde quereis ir?—dijo el doctor deteniéndola.

—¿Qué donde quiero ir?—replicó.—Harto lo sabeis. Quiero ir á ocupar mi puesto.... ¡quiero ir donde está el que os corresponde! ¡al lado de mi señor, pardiez! Quiero decirle, cogiéndo á la miserable y arrastrándola á sus piés: "*¡Aquí está el asesino de mi ama.!*" ¡Ahí teneis la hermana que mata á su hermana! ¡Prendedla! ¡Matadla! ¡Vengaos!!! Señor Máximo, el tiempo pasa, y la envenenadora abrá... ¡Venid! ¡Venid, pues!

Por segunda vez el doctor detuvo á la doncella, que se deshacia y trataba de arrastrarle fuera.

—Genoveva—dijo,—os suplico y os ordeno nuevamente que tengais calma.

—No puedo tenerla.... No quiero tampoco tenerla..... ¡Envenenan á mi ama! ¡Qué esperais para decírselo al señor conde? ya deberia haberse hecho.

—No pueden hacerse así las cosas, Genoveva.

—¿Por qué?

—Por multitud de razones .....

—¿Cuales son? Perdonadme, señor Máximo, si os interrogo, pero he perdido la cabeza.... Quiero saber.....

—Nada tengo que perdonaros, y voy á responderos; la revelacion del crímen comprendeis muy bien que ocasionaria al conde un golpe terrible.

—Terrible sí, pero no inevitable.

—El conde, cogido de improviso, tratará de obtener la evidencia del hecho.

—Podeis darle las pruebas que á mí me habeis dado.....

—No las creerá, y procuraré luchar contra esta evidencia.

—Pero quedará vencido.

—Sin duda, pero no me conviene entablar la lucha.

—¿Qué es, pues, lo que pretendeis?

Imbuir la convicción en su espíritu con hechos y no con palabras. Todo puede discutirse menos el delito infraganti. Quiero hacer la luz en este asunto, á semejanza de lo que sucede con el rayo. Por oscura que sea la noche, el relámpago domina las tinieblas. No acusaré, limitándome solo á presentar á la envenenadora ejerciendo su obra.

—¿Como?

—Aún no lo sé. Es preciso buscar ocasion para ello.

—¿Y si se retarda?

—No puede hacerse esperar. Llegaremos pronto á nuestro objeto una vez que ya tenemos los hilos de este horrible drama. La infame Renée no desconfía, y se cree protegida por la misma inverosimilitud de su crímen. Ella misma se entregará. La tenderé una emboscada si necesario fuera. Pero tengo otros motivos á mas de los expuestos, y quizá de mas importancia, que me aconsejan el contemporizar en este desgraciado asunto. Ante todo, creo que lo que mas deseais es la salud de vuestra señora.

—¿Qué si la deseo? Por salvarla ofreceria gustosa mi vida sin vacilar. Ya lo sabeis, señor Máximo. Muerta ya la señora, cuidaria de mis pobres huérfanos. No creais que dejaria de morir tranquila.

—Genoveva, no quisiera haceros concebir una esperanza imposible tal vez de realizar; pero la única probabilidad de salvacion, aunque muy vaga é incierta, dependeria de que yo pudiera conocer cual es el veneno que mata á la señora de Gordes.

—¿No conoceis los venenos que hay en el invernadero?—dijo la doncella.

—¡Ah! pobre Genoveva; conocerlos todos es conocer ninguno. ¿De cual se utiliza el asesino?

—Es verdad; ¿pero quién podria deciros lo que ignorais?

—El delito infraganti.

—¿Y como?

—Tengo un plan que puede salir. Tened confianza.

—Señor Máximo, creo en vos mas que en mí misma. Hago abstraccion de mis razonamientos para entregarme de lleno á vos. ¿Qué debo hacer? Suprimo lo que pudiera pensar para hacer lo que me digais. Dirigidme. Obedeceré sin tratar de comprender. ¿Qué es preciso hacer?

—Recobrar nuestra habitual fisonomia. Haced que vuestro rostro adquiera la impasibilidad de una careta; ocultad á todo el mundo el horror que os inspira Renée.

—Trataré de hacerlo, señor Máximo.

—No es bastante tratar de hacerlo, sino que es preciso conseguirlo.

—Pero, ¿y si Renée me dirige la palabra?

—Respondedla como de costumbre.

—No podré. Sé muy bien que no podré.

—Pues es menester poder, y os conjuro en nombre de la condesa á que tengais todo el valor necesario en esta ocasion.

Genoveva bajó la cabeza.

—Obedeceré—repuso,—¿y despues?

—Sed la sombra de la envenenadora—prosi-

guió el doctor,—no la perdais de vista, ni de dia ni de noche. Aprovechad la hora de las comidas para perforar con una barrena una de las puertas de su cuarto. Así podreis espiar sus acciones y darme cuenta de ellas. Yo pasaré la noche próxima escondido en el invernadero. Quizá vaya á recoger nuevos venenos. Sí: el demonio, que quiere perderla, seguramente hará que vaya.

Máximo hizo á Genoveva algunos otros encargos especificados y minuciosos, de cuyos detalles no podemos ocuparnos.

Y la conversacion del médico y la doncella terminó con las mismas palabras que la precedente.

—Contad conmigo, señor doctor—dijo Genoveva.

Y Máximo replicó:

—Así lo espero.

XVIII

El mismo dia, á hora muy avanzada de la tarde, Lazarine, sincera y profundamente afligida, abandonó el castillo de Gordes.

No abrigaba ninguna esperanza, ni tenia la mas pequeña duda de que antes de fin de semana le sería preciso vestir de luto por la muerte de su hermana.

A tan tristes pensamientos se agregaron las preocupaciones personales de la marquesa; preocupaciones que le asediaron durante el camino que mediaba entre el castillo de Gordes y el de la Tour du Roy.

Pensaba que quizá en aquel momento llegaba Marcelo Laugier á la posada de *El Caballo blanco,* y que sin duda desde el dia siguiente tendria precision de verle y hablarle, y el exteniente, que se habia interpuesto en su camino, primero como un medio y luego como un obstáculo, la inspiraba una profunda repulsion mezclada de espanto.

El mal éxito de su primera tentativa la descorazonaba; parecíale que se encontraba desarmada contra este hombre, que, abrogándose sobre ella los derechos del dueño sobre el esclavo, la prohibia amar y casarse, como no fuese él el amante ó el marido.

Su talento, tan fecundo en recursos, no le suministraba en la ocasion presente ningun plan de conducta que pudiera considerarse realizable.

Todo cuanto habia emprendido se habia vuelto en contra suya.